

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Veni, Sponsa mea... veni, coronaberis. (Cant. IV).
Ven, Esposa mia... ven, serás coronada.

1. ¡Qué elección de reflexiones, diré con san Bernardo, qué viveza de imágenes, qué...! ¿Cómo dar colorido al infinito galardón... que Dios da á la mas...? ¿Cómo describir la felicidad de su tránsito...? ¿Cómo pintar el inmenso regocijo de los Santos, las...? ¡Ah! Á mí tan difícil me parece concebir... *Felix utraque susceptio, ineffabilis*, etc., dice san Bernardo.

2. Uso de este lenguaje de san Bernardo no para..., sino... ¿Cómo han de poder resistir mis débiles ojos...? ¿Cómo un vacilante...?

3. Dos son las circunstancias que dan celebridad á todo triunfo: la *victoria alcanzada*, y la *gloria* que la sigue.

Primera parte: El triunfo de María fue excelente, perfecto y admirable en cuanto á la victoria que reportó de la muerte.

4. La muerte tiene sobre los hombres un dominio absoluto... Todos la temen, ya sea por..., ya por... No hay uno siquiera que, como Job, no se...

5. María no la temia, antes la deseaba... ¡Oh! ¡cuántas veces... *heu mihi, quia incolatus meus*, etc. — *Quis dabit mihi pennas*, etc. ¡Cuántas veces deseó como el Apóstol...! ¡Cuántas veces, segun san Bernardo, suplicó al Señor...!

6. Símil de la madre de Tobías, impaciente de verle llegar...

7. Verdadera pero débil es esta imagen para darnos á conocer... Para comprender la ansiedad del corazón de María de volver á ver á Jesús, sería preciso... ¿Quién podrá, pues, describir el inmenso júbilo del corazón de María en el día de su muerte? ¿Qué son las ventajas de la muerte de los justos parangonadas con...? ¿A...; tos les cuesta trabajo el resignarse... Para María es un motivo de rego-

cijo... El amor de Dios le quita la vida y al propio tiempo la confortación...

8. En el tránsito de la Virgen no se nota enfermedad, convulsión, espasmo, etc., como en los demás mortales... Debía evaporarse cual escogida planta del Líbano... *Quæ est ista*, preguntan los Ángeles, *quæ*, etc. De ahí concluyen los santos Padres y teólogos que... Palabras del Damasceno...

9. Ley de Asuero... Á pesar de ella Ester penetra en su gabinete... Deliquio de Ester que se parece á la muerte... Lo sintió al ver la majestad y... *Valde mirabilis es, Domine, et facies tua*, etc.

10. La muerte debe considerarse de dos modos: como pena del pecado, y como condición de la naturaleza... Aun en el estado de inocencia el hombre, segun san Agustín, hubiera debido... *mortalium fuerat assumptura*..., etc.

11. La Virgen murió por condición de naturaleza... Su muerte se pareció al desmayo de Ester... Terminó con el amor una vida que los demás dejan entre dolores... *Sacrum transitum tuum*, dice el Damasceno, *minime mortem appellabimus, sed somnum*, etc.

12. No se limita la muerte á matar, sino que se ceba en los cadáveres reduciendo cada tumba á un espantoso cúmulo de fango, gusanos, podre... Por eso los Santos *clamant ex desiderio resurrectionis*, etc., dice san Bernardo.

13. No se atrevió la muerte á hacer lo mismo en el venerando cuerpo de María... ¿Y cómo podía estar sujeta á la corrupción del sepulcro una carne que...? Al contrario sale de aquel mas hermosa y refulgente...

14. Podemos, pues, decir: *Ubi est, mors, victoria tua?*... La muerte quedó vencida en la cruz, y desde entonces *mors quam vite constat esse contrariam*, dice san Agustín, *instrumentum fit per quod*, etc. Esto se ve mas claramente en el tránsito de María... ¡Oh sublime triunfo!...

Segunda parte: El triunfo de María fue excelente, perfecto y admirable en cuanto á la gloria que consiguió en el cielo.

15. Traslación del arca del Testamento á Jerusalén... Todo Israel había acudido... Descollaba entre todos el augusto y religioso monarca que...

16. Mas ¿podrá jamás una terrena solemnidad, por brillante y suntuosa que sea, corresponder á... Al cielo, hermanos míos, al

cielo... Venid á ver como los Patriarcas... Jesús sale al encuentro de... *Surge... jam enim hiems transiit*, etc. Á esta voz la pura Paloma de los Cantares emprende un rápido vuelo...

17. Si tal es la felicidad de la llegada, ¿cuáles serán las delicias de la morada?... Deduzcámoslo de tres cosas: 1.^a la inmensa bondad de Dios que... 2.^a la abundancia y plenitud de gracia en María... 3.^a su fervor y asiduidad en cultivar y acrecentar esta gracia... ¿Quién podrá, pues, sondear la plenitud de gloria que...? ¿Quién...? ¡Oh! con qué claridad le ve! ¡Oh! con qué intensidad le ama!... Si segun el Apóstol *oculus non vidit*, etc., ¿quién nos dirá *quod præparavit gignenti se*, etc.?

18. Las personas, atributos y naturaleza de Dios forman en el cielo el objeto de la bienaventuranza esencial; la humanidad de Cristo Hijo de María forma el de la bienaventuranza secundaria ó accidental...

19. Así como el amor maternal hizo sufrir á María al pié de la cruz todas las penas de su Hijo, así ahora al pié del trono de este el mismo amor la hace gozar de... Su dolor fue imponderable, su júbilo es inconcebible... *Ecce odor Filii mei sicut odor agri pleni*, diría la Virgen como Jacob cuando... De mi hijo es aquella cabeza que... De mi hijo es...

20. Á su vez Jesús para acrecentar su contento y honrarla cuanto conviene á un tal Hijo... *Nec in terris locus dignior... nec in caelis regali solio*, etc. Ahora es cuando el sol... Ahora es cuando la luna... Ahora es cuando... el Padre le comunica su poder, el Hijo su sabiduría, el Espíritu Santo su bondad, y...

21. En este momento retumban por el cielo las bendiciones de los Santos; regocíjase la tierra por...; estremécese el infierno con... ¡Oh triunfo verdaderamente magnífico y...!

22. ¿Cuál es en el cielo la extension de su autoridad y cuál el uso que hace de su dominio?... Su grandeza es como la de Ester en Asiria... Su dominio no es de..., sino de poderosa abogada, de... Ella es aliento de los justos, refugio de... Ella obtiene misericordia..., y dispone libremente de todos los tesoros de... Derramadlos, pues, á manos llenas, Virgen santa,... Bien conoceis cuán dignas son de ellos esas devotísimas vírgenes que... Descienda, pues, sobre este claustro..., vuestra maternal y poderosa bendicion; pero descienda tambien... sobre este devoto auditorio y sobre mí mismo..., y en todos permanezca perpétuamente.

SERMON I

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Veni, Sponsa mea... veni, coronaberis. (Cant. IV).
Ven, Esposa mia... ven, serás coronada.

1. Si en mi vida razon tuve de quejarme de que la humana inteligencia sea tan grosera y desprovista de ideas puramente espirituales y divinas para poder con su energía dar nobleza á los pensamientos; ó de que la lengua sea tan tardía y pobre de expresiones magníficas y luminosas para igualar con la majestad y facundia del lenguaje los grandes y venerandos objetos que celebra en sus fiestas la Iglesia; es en esta alegre festividad, una de las mas solemnes que nos haya legado la tradicion universal, consagrada por la piedad de los cristianos al feliz tránsito de Nuestra Señora, es decir, á su gloriosa y corporal Asuncion al cielo. ¡Qué eleccion de reflexiones, diré con san Bernardo, qué viveza de imágenes, qué energía de palabras no quedará enormemente rezagada y oprimida por la sublimidad y excelencia de un argumento tan raro, difícil y prodigioso, que, por lo incomprendible, se resiste á todo esfuerzo de quien presume levantar siquiera una partecita del velo que lo encubre; y, por lo inefable, se escapa á toda pincelada, ya que esta, antes que enaltecerlo, no hará mas que embadurnarlo y dejarlo malparado! ¿Cómo dar colorido al infinito galardón, ó, en frase del Apóstol, al eterno peso de gloria que un Dios amantísimo y á la vez liberalísimo da á la mas santa entre todas las mujeres, á la mas digna entre todas las madres, á la mas llena de méritos entre todas las criaturas (lo diré con júbilo, y vosotros oiréis con respeto tan augusto nombre), á la siempre Virgen María? ¿Cómo describir la felicidad de su tránsito, la gloria de su cuerpo, la bienaventuranza de su alma, la riqueza de su diadema, y la preeminencia de su trono? ¿Cómo pintar el universo regocijo de los Santos, las nunca vistas aclamaciones de los Ángeles, todos los encantadores y

pomposos festejos de la dichosa Sion, á la entrada de su nueva Reina; y sobre todo el honroso recibimiento, tiernos ósculos, amorosos y filiales abrazos de Jesucristo? ¡Ah! á mí tan difícil me es concebir la exaltacion de María como la encarnacion del Verbo: no es para el humano entendimiento un misterio menos incomprensible el que hoy Dios eleve á María al goce de su gloria, que el haberla antes elevado á la dignidad de Madre. *Felix utraque susceptio, ineffabilis utraque, utraque inexcogitabilis est.* (S. Bern. serm. I de Assumpt. n. 3).

2. Uso este lenguaje de san Bernardo, no para eludir, ó nobles vírgenes, el alto cometido con que me honrásteis de tratar de un asunto tan abstruso y difícil; que, al contrario, no podáis proporcionarme mayor gusto que el de celebrar los méritos y privilegios de nuestra dulcísima Madre María. Sí, solamente para dejar disculpada mi insuficiencia y obtener vuestra indulgencia y la de todos mis oyentes, si mal correspondo á vuestra piedad y á sus esperanzas. ¿Cómo han de poder resistir mis débiles ojos á aquel abismo de luz que deslumbra á las águilas mas perspicaces? ¿Cómo un vacilante é imperito piloto ha de poder recorrer sin obstáculo la vastidad de un océano á que otros mas diestros y esforzados no osaron aventurarse?

3. Hecha esta salvedad, entremos en materia; y, acomodando á María, tras la autoridad de los intérpretes, las palabras de los sagrados Cantares, como que con ellas el Señor la llame para coronarla en el cielo; comparemos su Asuncion á un triunfo augusto y sobrehumano. *Veni, Sponsa mea, veni, coronaberis.* Y, siendo dos las circunstancias que dan especialmente celebridad y esplendidez á todo triunfo, á saber, los trofeos que le adornan y los premios que le acompañan, los despojos de los enemigos y los honores de los córtesanos, la victoria que se ha alcanzado y la gloria que la sigue; paso á manifestar que el triunfo de la Virgen fue excelente, perfecto y admirable, en primer lugar en cuanto á la victoria que reportó de la muerte, y en segundo lugar en cuanto á la gloria que ha conseguido en el cielo: *Ave María.*

Primera parte: El triunfo de María fue excelente, perfecto y admirable en cuanto á la victoria que reportó de la muerte.

4. La muerte reina en el mundo por culpa de un solo hombre, quien la acarreó á todos los demás, dice el Apóstol; y es tanto, tan absoluto é inevitable su dominio, que la sagrada Escritura nos la

representa ya como un desapiadado y velocísimo gastador á quien se ha dado la potestad de sembrar estragos por todas las cuatro partes de la tierra y exterminar sus moradores, ya como un atroz y orgulloso tirano que con pié ominoso pisa la cabeza de los hombres y á todos sin distincion ni miramiento los aplasta. Ante tan tétricas y espantosas imágenes, no es extraño que cada cual tema por sí mismo, cobre horror á su inmutable destino, y se sujete con repugnancia á la dura necesidad que le obliga á caer á manos de tan ferroz enemigo para perecer sin remedio. En efecto, sea que al hombre le repugne el desasirse de los goces de la tierra que va á dejar para siempre, sea que le empache el tener que comparecer en el tribunal de Dios cuya severidad y condenacion teme; ó por angustiarse la pérdida de los bienes de esta vida, ó por temor de incurrir en los suplicios de la otra; ello es que el pensamiento y mucho mas la cercanía de la muerte le inquieta, le atormenta, le descorazona de modo que, como dice el Eclesiástico, solo el pensar en aquel terrible instante amarga al hombre que tiene puesto su corazon en las riquezas, y no hay uno siquiera que, á semejanza de Job, no se pregunte á sí mismo qué es lo que habrá de hacer ó responder cuando Dios se levante para juzgarle.

5. Muy al revés sucedió en el tránsito de María. Teniendo el corazon libre y enteramente despegado de los bienes del mundo, no aspiraba mas que á desasirse de ellos en cuanto á su persona; y llena de méritos, confirmada en gracia y segura de su gloria, no temia la muerte como un emplazamiento al juicio; sino que la suspiraba como una invitacion á la corona y al premio. ¡Oh! cuántas veces se quejaba con el Profeta de que tanto se prolongase su estancia entre los habitantes de Cedar; y pedia se le diesen alas de ligera paloma para volar al lugar de su reposo! ¡Oh! cuántas veces deseó con el Apóstol trocar la terrena y mortal habitacion de su cuerpo por la eterna y espiritual morada que le tenia Dios preparada en el cielo; y tenia, mas que él, traspasado su corazon y angustiado su espíritu por el ardentísimo deseo de soltar sus ataduras y reunirse con Jesucristo! ¡Cuántas, en decir de san Bernardo, suplicó al Señor, con la esposa de los Cantares, que la atrajese al olor de sus perfumes y le concediese el amoroso beso de sus labios!

6. Yo me figuro estar viendo á la madre del jóven Tobías que, apesadumbrada é impaciente por lo mucho que se iba difiriendo el regreso de su querido hijo, y anhelante de volver á verle, sale todos los dias á espiar todos los senderos de los alrededores, y, sen-

tada largos ratos mano sobre mano en la cima de un collado, dilata sus ojos inquietos y arrasados en llanto que le buscan en todas direcciones; se anticipa á su llegada; le llama dulcemente por su propio nombre, confundiéndole con cualquier objeto que se le presenta delante. Héle ahí, dice al menor susurro que hiere sus oídos; y se levanta ya para irle al encuentro. Desengañada de su alucinación, redóblase su dolor, y afanosa y angustiada va y viene; baja de la loma y sube otra vez á ella; dirige sus pasos hácia su casa y vuelve su vista atrás. Cuando, por fin, le ve un día y se ha bien asegurado de que es él, calculad con qué ternura, placer y alegría le recibiría y abrazaría.

7. Verdadera, harto oscura empero, es esta imágen para expresar los días tristes y amargos que la Virgen sobrevivió á la ascension de Jesucristo: y sería preciso conocer á fondo el corazón de una tal Madre para de ahí inferir el anhelo que tenia de volverle á ver, y para comprender la ansiedad con que, sentada y solitaria callando, en frase de la Escritura, aguardaba su tránsito; á no juzgar por los gemidos que de cuando en cuando lanzaba, cual tortolilla que quedara sola en el nido, rogando á su Amado le indicase *dónde se apacienta y descansa á mitad del día*, y excitándole con el símil de los ciervos y cabritos á acelerar su regreso. ¿Quién será capaz, por tanto, de describir el inmenso júbilo de María al llenarse sus deseos? el contento de su corazón al ver acercarse este Hijo á su lecho de muerte para abrazarla? el ímpetu de su alma al salir de la prision de su cuerpo para unirse á él y poseerle por toda la eternidad? Llamen en buen hora los Santos preciosa la muerte de los justos á causa de la tranquilidad interior que la acompaña y firme esperanza del premio que ha de seguirla: *Bona mors justis propter requiem... optima propter securitatem* (S. Bern. epist. CV). ¿Qué son estas ventajas, parangonadas con las de la muerte de la Virgen? Por mas que un hombre de bien renuncie al amor del mundo y lleve una vida virtuosa, es absolutamente imposible, en decir de san Leon, que á su corazón no se le pegue poco ó mucho el polvo mundano, y que no tenga algunos pequeños apegos y ligeros defectos, bastantes para afligir é inquietar el alma en la hora de la muerte. Mas, en la Virgen, la caridad perfecta que habia alejado de su alma toda afición á la tierra y hasta la menor imperfección, aleja asimismo todo temor, disgusto é inquietud de la muerte; por manera que ella la mira con desprecio, la desafía con denuedo, la recibe con alegría, y halla en ella un motivo de regocijo; al paso

que á los justos les cuesta trabajo el resignarse. Lo que en otros es confianza dudosa, es en ella seguridad firmísima; y por un admirable contraste el amor de Dios que, como vamos á ver, es el instrumento que le quita la vida, es al propio tiempo el confortativo que la alienta á dejarla, y, despues de haberle hecho vencer el temor de la muerte, la hace en seguida triunfar de su dolor. *Bona mors propter requiem, optima propter securitatem.*

8. Y aquí notad, hermanos míos, que en el tránsito de María no tiene lugar ningun contraste de humores, ninguna disipacion de espíritus vitales, ninguna decadencia de fuerzas, ninguna sombra de enfermedad y flaqueza: léjos están de ella las convulsiones, espasmos y angustias en medio de las cuales están condenados los hombres á dejar azorosamente la vida; que no es para la bella rosa de Jericó el verse, como las flores comunes y las viles yerbas del campo, transida, deshojada y tronchada por la cruda hoz ó áspero arado de indiscreto boyero; sino que debe la Virgen, cual escogida planta del Líbano, dulcemente evaporarse en oloroso perfume, sin sacudimiento de mano ni cortadura de hierro. Así es como en este día la vieron los Ángeles, y quedaron pasmados. ¿Quién es esa, decíanse unos á otros, quién es esa que va subiendo á modo de delgada y fragantísima nubecilla condensada por el sahumero del incienso, de la mirra y de todo otro precioso aroma? De estas divinales frases de la Escritura tomó pié la piadosa y comun creencia de los santos Padres y teólogos, á quienes no es lícito contradecir sin temeridad, de que la Virgen falleció merced á un éxtasis el mas placentero y á un deleitoso arranque de caridad cuyo incendio tomó en ella creces tan subidas que, superando el de todos los Ángeles y Santos, llegó con su llama á reducir á cenizas toda atadura que retuviera aun en el cuerpo aquella alma grande hecha para el cielo. La fuerza de la gracia que hácia Dios la arrebatava prevaleció, por fin, al peso de la naturaleza que la tenia aprisionada en el mundo. ¿Y será esto, dice el Damasceno, imputable á María, cual si tambien ella haya cedido á la comun y severa ley de los hijos de Adán? ¿Á esta la llamarémos su muerte? Pues ¿de qué otro modo morirían los Serafines, si capaces fuesen de morir? Ea, el tránsito de María, prosigue el mismo santo Padre, antes que muerte, ha de llamarse un insigne misterio, para cuya inteligencia, hermanos míos, llamo vuestra especial atención sobre una historia de la sagrada Escritura. *Quod in te factum est, mysterium appellamus.* (Orat. I in dorm. B. M.).

9. Habia en Persia una ley que condenaba á muerte á los que penetrasen en el interior del palacio real y se presentasen ante el soberano sin permiso ó invitacion. Cata ahí que, á pesar de ella, la hermosa Ester entra de propio movimiento en el gabinete de Asuero, se adelanta hasta su trono, mira su altivo rostro y majestuosa presencia; y de improviso palidece, cierra los ojos, desfallece en brazos de las camaristas, y cae en tan profundo y mortal deliquio, que no queda en ella señal de vida. Al verla Asuero en tal estado, ¿creéis que, sin indagar la verdad y motivo de su desmayo, la tratara á la par que á los transgresores de la ley, aplicándole la pena como á los demás? No; que la ley no habia sido hecha para ella, ni la comprendia la pena. Por esto el deliquio de Ester parecia muerte, mas no lo era: no interrumpió el curso de su vida, sino que suspendió por poco tiempo sus funciones. Su muerte aparente no fue pena y castigo, sino reverencia, maravilla y placer que sintió al ver la majestad y gracia que brillaban en el rostro del Monarca. Baja este de su trono para acogerla y sostenerla, y despliega para con ella las mas tiernas señales de amor que dado le hubiese jamás. *Valde mirabilis es, Domine: hé aquí el motivo de su desmayo: Et facies tua plena est gratiarum. Cumque loqueretur, corruit et pene exanimata est.* (Esther, xv, 17).

10. Con esta luz descubro yo el misterio contenido, segun el Damasceno, en el tránsito de la Virgen. Al ver el cuerpo yerto y exánime de María, ¿quién no creyera que comprendido la habia Dios en la sentencia de muerte fulminada contra los demás y que la habia sujetado á la comun suerte de los pecadores? Debemos, sin embargo, considerar la muerte bajo dos aspectos, esto es, como pena del pecado y como condicion de la naturaleza; como pena del pecado á la que Dios condenó á todos los hombres por la desobediencia de Adán: *Judicium ex uno in condemnationem* (Rom. v, 16); como condicion de la naturaleza, sin la cual el hombre no es capaz de la vision intuitiva de Dios: *Non videbit me homo et vivet.* (Exod. xxxiii, 20). Por esto advierte san Agustín que hasta en el estado de inocencia, para ser enteramente dichosos, era necesaria una mudanza que en cierto modo redujese la carne á la condicion del espíritu, y que nuestra mortalidad debia quedar, por decirlo así, absorbida por la eterna incorrupcion: *Mortalium fuerat absumptura mutatio aeternam incorruptionem.*

11. Esto supuesto, murió, es verdad, la Virgen por condicion de naturaleza en cuanto dejó de vivir en la tierra y pasó á ver á

Dios en el empíreo; mas su muerte fue, como el desmayo de Ester, una sombra, una imágen, una apariencia de la que es pena del pecado, por cuanto no sufrió los dolores y angustias que en los demás la hacen pesada y trabajosa: *Dolor consumet illos, antequam moriantur.* (Eccli. xxvii, 32). El mismo Salvador, toda vez que tomó la semejanza de aquella culpa, no quedó exento de aquella pena, y pagó la imputacion del pecado en las agonías de la cruz. María, empero, no participa, ni como rea ni como fiadora, de la culpa ni de la pena. Ella termina con el amor una vida que los demás dejan entre dolores. No son los males del cuerpo los que la vencen, sino ímpetus de la gracia los que la transforman. Su morir no es mas que un breve depósito de sus despojos corruptibles abandonados un instante para tener comodidad de vestirse de inmortalidad é incorrupcion. Ó, mejor, digamos con el citado Damasceno que el tránsito de María no es muerte, si bien se le parezca, sino un profundo sueño en Dios, una dulce transmigracion hácia Dios, una sorpresa, un éxtasis, un estupor originado de la presencia de Dios que baja de su trono celestial á recibirla y colmarla mas que nunca de sus dones; en cuyo goce, dejado por poco tiempo el uso de los sentidos, mucho mejor que la indicada Reina al ver el agraciado semblante de Asuero, se confunde, se pierde y abisma felizmente, cual antorcha en el resplandor del sol, ó cual rio en el seno del mar. *Sacrum transitum tuum minime mortem appellabimus, sed somnum et migrationem vel praesentiam ad Deum.* (Ubi supra).

12. Ni se limitó á esto la victoria de María contra la muerte; así como no termina aquí la tiranía de la muerte contra el hombre. Á la manera que un fiero y soberbio conquistador, una vez ganada una plaza y pasados á cuchillo el pueblo y la guarnicion, vuelve su furor contra los edificios, y, llevando con el hierro y el fuego la devastacion y ruina sobre los míseros restos que escaparon á sus estragos, allana las puertas, incendia las casas, derriba los templos, y murallas, y torres, y alcázares, hasta reducirla á un hórrido y desordenado monton de piedras y escombros, de cenizas y cascotes donde forman su nido los murciélagos y su guarida las serpientes; así la inexorable y cruda muerte, una vez quitada á los hombres la vida, sigue cebándose sobre sus cuerpos, y recorriendo fastuosamente tierras y mares, ciudades y campiñas, sagrados y profanos recintos, invade con igual fiereza los cementerios y los sepulcros, los reales sarcófagos y las hoyas campestres, los ricos y sublimes panteones y los humildes túmulos de la mendicidad, para hacer do-

quiera un horrendo estrago de hediondos, descarnados y pútridos cadáveres; desfigura los mas hechiceros semblantes, deseca la sangre mas pura, desentraña y hace añicos los mas sólidos y vigorosos agregados, los roe, los pudre, los consume, y reduce cada tumba á un sórdido y espantoso cúmulo de fango, gusanos y podre. Hé aquí de lo que se quejan los Santos, cuyas almas oyó el apóstol san Juan pidiendo á Dios debajo del altar que no tarde en llegar el tiempo de la venganza, esto es, de la universal resurreccion, en que Jesucristo reformará la abyeccion de sus cuerpos segun el ejemplar del resplandor del suyo, y, á ellos reunidas, gozarán una perfecta y cumplida bienaventuranza. *Clamant ex desiderio resurrectionis et glorificationis corporum suorum*: observacion de san Bernardo.

13. Mas, no se atrevió la muerte á hacer el mas ligero insulto en el venerando cuerpo de la divina Madre: y aquel su semblante de paraíso, aquella celestial beldad, aquel aspecto angelical, aquel continente augusto y sobrehumano, que viviendo la hicieron correr riesgo de ser reputada una divinidad, no solo, al ausentarse el alma, no mermaron mas de lo que pierde su belleza una rosa recién cogida del tronco; sino que además tomaron creces con la reunion del alma, y reflorecieron con usura al recobrar de allí á poco la vida, resucitando corporalmente para la gloria. En efecto, ¿quién, segun un justo y piadoso raciocinio de dos devotos escritores mentados en las obras de los santos Agustin y Jerónimo, quién podrá jamás persuadirse que la muerte osase insultar á un cuerpo que habia sido albergue del Dios de la vida? que estuviese sujeta á la corrupcion una carne que habia siempre obedecido al espíritu? que parase en podre la que no habia contraido ni culpa en su concepcion, ni impureza en su parto? De aquí es que, abandonado el sepulcro, depuestas las gasas funerales y todo luto feral, vuelve á sus labios la sonrisa, á su corazon el movimiento, á su sangre la circulacion, á sus ojos la luz y á sus miembros la vida: y, cual si despertara de un breve y apacible sueño la venturosísima Mujer, se la ve vencer en fulgores al sol, en agilidad á la saeta, en penetracion á la luz. Tanta es la majestad, belleza y gloria del nuevo estado inmortal, impassible é inalterable á que ha resucitado admirablemente.

14. Aquí no puedo ya contenerme, hermanos míos, y me siento impelido á burlarme de la muerte con los términos del Apóstol: ¿Dónde está, ó muerte, tu pujanza? ¿dónde tu aguijon? ¿dónde tu victoria? Ya al pié de la cruz habias cedido tus derechos, y la sangre del Hombre-Dios te desarmara en el Calvario, vencíendote

y sojuzgándote de manera que, en lenguaje de Agustin, de suplicio que eras para los pecadores, fuiste trocada en mérito para los justos, y, si bien eres contraria á la vida temporal, sirves de tránsito y de instrumento para conseguir la eterna. *Fit justí meritum supplicium peccatoris: mors quam vitæ constat esse contrariam, instrumentum fit per quod transitur ad vitam*. Empero en el tránsito de María es donde se deja ver el fruto mas bello de esta victoria y la mas solemne y palmaria prueba de su derrota. Aquí nada pueden el temor, el dolor, la corrupcion. Aquí solo figuran la caridad y la gracia, la entereza y la alegría. Así que, rotas tus flechas y desbriznada tu guadaña, temblante, pálida y prisionera delante de María, eres tú el mas glorioso trofeo de su victoria y el mas rico despojo de su triunfo. ¡Oh ilustre victoria! ¡oh trofeo singular! ¡oh sublime y brillantísimo triunfo! De este es ya tiempo de que pase á exponeros, hermanos míos, la magnificencia y gloria. *Veni, Sponsa mea, veni, coronaberis*.

Segunda parte: El triunfo de María fue excelente, perfecto y admirable en cuanto á la gloria que consiguió en el cielo.

15. Háblame creído, hermanos míos, poder suministraros una idea de este nuevo y maravilloso triunfo con invitaros á recordar otro, muy célebre y pomposo por cierto, con que por orden de David fue trasladada y restituida á Jerusalem el arca del Testamento. Entre alegres aclamaciones de un pueblo inmenso y escogidos coros de músicos instrumentos, todo Israel habia acudido á honrar su recibimiento inundando las calles magníficamente entoldadas y consagradas con la sangre de las víctimas que á cada seis pasos se ofrecian. Descollaba entre todos el augusto y religioso monarca que, ebrio de júbilo y ferviente piedad, acompañaba de cerca el venerable santuario, dando con sus arranques de regocijo y devocion mayor celebridad á este acto religioso.

16. Mas, por suntuosa y brillante que ella fuere, ¿podrá jamás una terrena solemnidad corresponder á la divina, é igualar la figura á la cosa figurada? ¡Ah! Como insinué al principio, harto inferiores son á tan elevado argumento las imágenes mas magnificas, las mas brillantes expresiones: y Vos me perdonaréis, Virgen excelsa, si, en lugar de dar su verdadero colorido á vuestro insigne triunfo, me veo obligado á valerme de parangones sensibles y de humanos vocablos que, si bien sagrados y misteriosos, solo sirven á oscurecerlo. Al cielo, pues, hermanos míos, al cielo; y con

la escolta de los mencionados santos Juan Damasceno y Bernardo, que en este vuelo seguiré fielmente, subid á ver como los Patriarcas y Profetas, los espíritus angélicos y las almas comprensoras, abiertas de par en par las puertas de la soberana Jerusalem, forman, apiñados y con majestuoso orden, el cortejo de Jesucristo que sale al encuentro de su Madre santísima y le dice: Levántate, ó mi amiga; apresúrate, querida mia, que ya pasó el invierno de tu vida mortal, ya se disipó la lluvia de las mundanas aflicciones; ven á coger los frutos de mi verjel; ven conmigo á disfrutar para siempre de mi paraíso... Á esta amorosísima invitacion, la pura Paloma de los sagrados Cantares en alas de los Serafines emprende un rápido vuelo, no para ir á esconderse en los agujeros de la piedra ó en las cavidades del vallado, sino para descansar en el seno de su Amado. Y el Arca verdadera del Dios vivo se levanta sobre sí misma, y, apoyada en el Esposo, que con la izquierda sostiene su cabeza y con la diestra la abraza tiernamente, parte de esta tierra en medio de aquella honorífica y esplendorosa comitiva, y, dejando atrás los astros y el insondable espacio de los cielos con mas presteza que yo no lo digo, se encuentra trasladada y colocada en el empíreo, donde bajo de sus piés saltan de júbilo los montes eternos y rebosa del firmamento la alegría al sentirse pisado por los hechiceros pasos de la Hija del Príncipe. Y aquí tuvo su cumplimiento la profecía de David: Subid, Señor, Vos y el arca de vuestra santificacion; subid á vuestro eterno reposo: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tue.* (Psalm. cxxxii, 8).

17. Si tal es la felicidad de la llegada, ¡cuáles serán las delicias de la morada! Si tanto ha querido el Señor glorificar á la Virgen á su entrada en el cielo, ¡qué bienaventuranza le tendrá deparada el goce de la divinidad! Deduzcámoslo de tres cosas. La primera es la inmensa bondad de Dios que remunera profusamente hasta los devotos pensamientos y deseos de sus servidores, á quienes tiene prometido un galardón infinito por cada obra de piedad, por pequeña que fuere. La segunda es la abundancia, raridad y plenitud de gracia que, despues de haber preservado á María desde el primer instante de su ser, la inundó en la concepcion de su divino Hijo de un modo tan inconcebible que, segun sentir de algunos santos Padres, tanta gracia tenia ella por privilegio, cuanta el mismo Salvador por naturaleza. La tercera es su diligencia, asiduidad y fervor en corresponder á esta gracia, cultivarla y acrecentarla con actos heroicos y continuas prácticas de sublimísima caridad; lo

que hizo que, á manera de rio que va engrosándose en su curso, y de llama que se dilata y eleva con el movimiento, adelantase en virtud cada dia mas hasta reunir tan copiosas riquezas de santidad; y llegó á tal altura de perfeccion, que, dejando rezagadas á las hijas de Sion, y no cediendo mas que á Dios en santidad, su mérito sobrepujó al de todas las almas santas y angelicales jerarquías juntas. ¡Cuál será, por tanto, el inestimable galardón que un Dios tan justo y benéfico dará hoy al excelso, y, diria, poco menos que infinito mérito de María! Si la gloria ha de ser proporcionada á la gracia, y esta, por decirlo así, es la preciosa raíz que largamente fructifica en el paraíso; ¿quién podrá jamás sondear la plenitud de gloria que á medida de la plenitud de su gracia reporta la Virgen? ¿Quién, la abundancia de vivas luces que recibe su entendimiento? ¿Quién, las llamas de santo amor en que arde su voluntad? ¿Quién, la avenida de eterno gozo y deleite que embriaga su corazón ahora que bebe á torrentes las delicias que Dios profusamente derrama en su casa y saborea sin reserva los inmensos é inagotables goces que encierra su diestra? ¡Oh! ¡con qué claridad le ve! ¡Oh! ¡con qué intensidad le ama! ¡Oh! ¡con qué contento le posee! ¡Oh! ¡con qué...! Menos palabras, pues no las hay para ponderar la esencial bienaventuranza de María que se infiere de los indicados principios. Si, segun el testimonio del Apóstol, ni el ojo vió jamás, ni jamás oyó el oído, ni jamás concibió el humano pensamiento lo que Dios tiene preparado á todos aquellos que, por mas que le amen en esta vida, nunca llegan, empero, á amarle con perfeccion; ¿quién será capaz de concebir la recompensa infinita que tenia aparejada y da en este dia á aquella mujer escogida que le engendró en su seno y de su sangre, y se señaló mas que los mismos Serafines en el amor que le tenia? *Quod præparavit gignenti se et diligenti præ omnibus, quis loquatur?*

18. Pero ¿á dónde voy á parar, hermanos míos, con el raciocinio? y ¿por qué la necesidad del asunto me ha de precisar á tocar la calidad mas distinguida y el mas eminente carácter de la Virgen, su divina maternidad? ¡Oh! ¡qué feraz es este nuevo campo de gloria, felicidad y alegría para ella! pero ¡cuán vasto y difícil de medirse en la estrechez del tiempo que me resta! Sin embargo recorramoslo brevemente. Jesucristo es el cordero sacrificado una vez, pero resucitado y vivo, de quien está escrito en el Apocalipsis que está sentado en medio del trono, rodeado de los magnates y ancianos de la ciudad divina humillados y prosternados á su alrededor; que, cual llama esplendente, alumbrá con su claridad aque-

llas soberanas mansiones; que le siguen por doquiera un sinnúmero de santos; y que la innumerable turba de gloriosos comprensos de toda tribu, pueblo y nacion le honra, exalta y bendice con himnos y cánticos de eterna alabanza. Esto nos dice, segun los teólogos, que despues de la clara vista de la naturaleza, personas y atributos de Dios, el cual forma el objeto de aquella bienaventuranza que se llama esencial, se vuelven los santos á la gloriosa humanidad de Jesucristo, quien forma el primer objeto de otra bienaventuranza que se llama accidental y secundaria, por la cual se gozan en el honor que él ha recibido de su Padre: se alegran en vista del alto grado á que en su persona ha subido nuestra naturaleza, y, confesando que él es verdadero Juez, Mediador, Abogado, Pontífice y Redentor, le tributan continuas alabanzas y sublimes hacimientos de gracias.

19. La Virgen, empero, á mas de todo esto, halla en él la calidad de Hijo que ella formó de su sustancia, parió de sus entrañas y alimentó con su leche virginal; pudiendo con razon llamarle hueso de sus huesos y carne de su propia carne. De aquí es que, así como al pié de la cruz el amor materno hizo á María sufrir todas las penas de la pasion de Jesucristo, así tambien este amor la hace gozar en el cielo todas las ventajas de la glorificacion del mismo; y, así como no es posible encarecer el dolor y amargura que la oprimiera en el Gólgota, tampoco lo es ponderar el júbilo y alegría que ahora la inunda. Una vez adornado con los perfumados vestidos de Esaú, se acercó Jacob al lecho del anciano padre, quien, estrechándole contra su seno y dulcemente besándole, apenas percibió la fragancia de aquellas vestiduras, cuando con un arranque improviso de suavidad y contento le dijo: Hé aquí que el olor de mi hijo es semejante al de fértil terreno sobre el cual llovió la bendicion del Señor: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus.* (Genes. xxvii, 27). Imagínome que otro tanto habrá dicho María, valiéndose de las expresiones de los Cantares, al ver con sus ojos la inmensa gloria de Jesucristo, y al recibir de él y darle recíprocamente los primeros abrazos amorosísimos: *Ecce odor Filii mei sicut odor agri pleni.* De mi Hijo es aquella cabeza que se asemeja al oro fino y ostenta, cual erguida palma, sus blondos cabellos. De mi Hijo es aquel seno al cual cede en blancura el mas candido marfil y sirven de adorno los mas brillantes zafiros. De mi Hijo es aquel trono cuyas columnas son de plata, de oro las gradas, y de púrpura la almohada. Esos ojos de palomas purificadas en la le-

che, esas manos torneadas y llenas de jacintos, esos labios, esas mejillas hermosas como los cuadros de los mas floridos jardines, de mi Hijo son: *Ecce odor Filii mei sicut odor agri pleni.* Fruto es de mis entrañas el que está sentado á la diestra del divino Padre que puso á sus piés, cual peana, sus enemigos, dióle todo poder en el cielo y en la tierra, y en el acto de introducirle en el mundo mandó á los Ángeles le adorasen. Mia es aquella carne con que mereció reinar sobre las criaturas celestiales, terrestres é infernales, quienes al solo eco de su nombre hincan la rodilla. Yo produje ese cuerpo, esa vida, ese Hombre-Dios, á quien los escogidos dan gloria, le ofrecen sus inciensos y con el rostro en el suelo le rinden coronas: *Ecce odor Filii mei sicut odor agri pleni.*

20. Ni es sola María la que hace tan tiernas y consolantes reflexiones, para acrecer su contento; sino tambien el Hijo, á nuestro modo de entender, para honrarla cuanto conviene á un tal Hijo respecto de una tal Madre, y darle el premio proporcionado á los servicios que le prestara. Así como no habia en todo el mundo un albergue mas digno que aquel útero virginal donde ella acogiera al divino Hijo; así no hay en el cielo lugar mas sublime que el real trono á que su Hijo hoy la sublima: *Nec in terris locus dignior uteri virginalis templo in quo Filium Dei Maria suscepit, nec in caelis regali solio in quo Mariam hodie Maria Filius sublimavit.* Ahora es cuando el sol, cual rico manto, ciñe á la Mujer augusta que viera san Juan, y reviste toda su persona. Ahora es cuando la luna se humilla á tanto esplendor y se coloca bajo sus piés. Ahora es cuando porfian por adornarla las estrellas, y, formando ordenado y luminoso cerco, coronan su cabellera. Ahora es cuando el Salvador la coloca á su diestra, y, como en otro tiempo hizo Salomon con Betsabé, quiere que tenga parte en su mismo trono. Ahora es, en fin, cuando, puesto el cetro en su mano y la diadema en su cabeza, el eterno Padre le comunica su poder, el Hijo su sabiduría, el Espíritu Santo su bondad, y toda la Trinidad augusta la declara Soberana y Emperatriz del universo.

21. Y ¡oh! ¡cómo al instante desde la sublimidad de su trono se muestra la nueva Reina amable con los Ángeles, venerable ante los hombres y tremenda á los demonios! Retumban por el cielo las bendiciones de los Santos; regocíjase la tierra por la esperanza de los pecadores; estremécese el infierno con el aullido de los condenados. Todas las criaturas prestan, á su modo, algun homenaje á María, reconocen su soberanía y celebran su triunfo. ¡Triunfo ver-

daderamente magnífico y singular! ¡Triunfo digno de mayor encarecimiento y elocuencia que la mía, ya por los honores con que María es trasladada al cielo, ya por la doble bienaventuranza que allí goza, ya por la corona, puesto, autoridad y dominio que recibe!

22. Mas ¿cuál es la extension de su autoridad, y qué uso va ella á hacer de su dominio? ¡Ah! Aquí sí que querria yo, hermanos míos, los afectos y la lengua de san Bernardo para excitar en vosotros una tierna devocion hácia María, un vivo celo de su gloria y una firmísima confianza en su favor. Su grandeza en el cielo es, como la de Ester en Asiria, un oportuno socorro del angustiado Israel. Su dominio no es de temible soberana ó de severa madrastra; sino de poderosa abogada, de mediadora compasiva, de amorosísima Madre, la cual no usa de su poder mas que para endulzar el enojo del Juez contra los culpables, del Príncipe contra los vasallos, del Padre contra los hijos, y apartar de ellos los merecidos castigos. Ella es aliento de los justos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos. Es guía en las dudas, descanso en los trabajos, alivio en las necesidades y seguridad en los peligros. Ella obtiene misericordia, alcanza gracia, sube á la gloria y dispone libremente de todos los tesoros de la divina bondad. Abrid, pues, estos tesoros, ó Virgen benignísima, y derramad á manos llenas sus preciosas riquezas. Desde la altura de vuestro solio bien descubrid cuán dignos y capaces son de ellas por la piedad de sus afectos y candor de sus costumbres estas nobilísimas y devotísimas vírgenes que, ganosas de conseguirlas, y celebrando con sagrada y festiva pompa la victoria que reportásteis y la inmensa gloria que os inunda, imitan á los Ángeles con aplaudir todos los años vuestro augusto triunfo. Ningun caso hacen del esplendor de su nacimiento y pompas domésticas, ni de la suavidad de los placeres mundanos que han noblemente sacrificado á la humildad y á la cruz de vuestro Hijo de quien son esposas; sino que únicamente se precian de merecer su amor con el ejercicio de las virtudes y promover vuestro culto con el ejemplo de su devocion. Descienda, pues, sobre este claustro, célebre no menos por la antigüedad de su origen que por la amplitud de sus privilegios, vuestra maternal y poderosa bendiccion; pero descienda tan copiosa que, despues de haber colmado de gracia sus religiosas moradoras, redunde de allí, cual rio que lleva á lo léjos su benéfica avenida sobre este devoto auditorio y sobre mí mismo, indigno panegirista de vuestra grandeza; y en todos permanezca perpétuamente. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 48, 49).

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Omnipotente ha obrado en mí cosas grandes.

1. Esta prediccion viene cumpliéndose del modo mas admirable al través de las edades... No hay siglo... No hay pueblo, ni nacion... ¿Y podria la católica Iberia..., ser menos pródiga en...? ¿Podria dispensarse de...
2. Semejante pensamiento..., queda desvanecido con solo fijar la vista en...
3. No vengo yo á recordarlas... Dia vendrá en que otra voz mas sonora... Me ceñiré á hablaros de la presente festividad.
4. Los santos Padres llaman á esta festividad complemento de las grandezas de María. En efecto, si grande fue en..., en..., mucho mas grande se ofrece á nuestra vista en... ¡Qué espectáculo tan sublime!
5. Su descripcion por san Juan Damasceno: Hoy, dice, es el dia feliz...
6. Es el dia de su mayor grandeza, porque en él alcanza el triunfo que corona todos sus triunfos...
7. Pensamiento del grande san Bernardo. Este es el que voy á desarrollar...

Reflexion única: Ninguna criatura subió á un grado de elevacion semejante á la de la Reina de los cielos, y ninguna la iguala en el influjo benéfico que ejerce en favor de los mortales.

8. Debiendo la recompensa igualar al mérito, y la gloria ser proporcionada á la virtud, ved á qué gloria es hoy elevada la que... María es Madre, Hija, Esposa de Dios...
9. ¡Qué espectáculo ofrece el cielo! Allí veo con el Apóstol de